

La Constante: mina de leyenda en Hiendelaencina

ANA PARRA Y GLORIA VIEJO

Madrid, 2012

© Universidad de Mayores de Experiencia Recíproca

Sede Social: c/ Abada, 2 5º 4-A

28013 Madrid

Depósito Legal: X-xxxxx-xxxx

Maquetación: A.D.I. C/ Martín de los Heros, 66. 28008 Madrid. Telf.: 91542 82 82

LA CONSTANTE: MINA DE LEYENDA EN HIENDELAENCINA

(CONFERENCIA PRONUNCIADA POR LAS AUTORAS EN LA UNIVERSIDAD
DE MAYORES EXPERIENCIA RECÍPROCA EL DÍA 26 DE ABRIL DE 2012)

1. Historia de Hiendelaencina antes de 1844

Para comprender el origen de la fábrica de beneficio es necesario explicar previamente la historia del distrito de Hiendelaencina, la cual cambiará radicalmente tras el descubrimiento del yacimiento de plata en 1844.

Hiendelaencina es un pequeño pueblo ubicado en el norte de la provincia de Guadalajara (Castilla-La Mancha), perteneciente a la comarca de la Sierra Norte. Sus límites son los términos de Gascueña de Bornova y Prádena de Atienza al Norte, Congostrina y Alcorlo al Sur; Pálmaces de Jadraque y Robledo de Corpes al Este; y Villares y Zarzuela de Jadraque al Oeste. En rasgos generales está geográficamente definido entre la Sierra del Alto Rey y las vegas del río Bornova. La distancia entre la población y la capital de provincia es 50 km.

Hasta la fecha mencionada su historia es poco destacable entre los pueblos lindantes, pues la vida que allí se desarrollaba carecía de singularidades.

Bibiano Contreras en su libro *El País de la Plata* analiza y estudia la historia del municipio referente a esta etapa.

En el siglo XIX, trataba pues de un lugar desconocido en el mapa de España, incluso de Guadalajara, tan insignificante por su vecindario como por su riqueza. Una pequeña aldea perteneciente al partido de Atienza, de apenas 48 vecinos,

sin alcanzar las 200 almas; donde sus pobres gentes se dedicaban a la agricultura primitiva limitada a la siembra del centeno y al pastoreo de unos centenares de cabezas de ganado. Acudían a los mercados de Jadraque, Atienza y Cogolludo para vender leña y reses lanares o de cabrío y así poder obtener los artículos que la aldea no producía.

El conjunto de edificaciones apenas llegaba a las 51 viviendas, con un significativo carácter rural. Distribuidas en tres barrios, sin orden ni concordia de calles y numeración. Eran estos llamados Barrio Cimero, Barrio Bajero y Barrio de la Iglesia.

Las viviendas se componían de mísera piedra amasada con barro y techadas de pizarra, y sus habitantes sobrevivían en ellas cultivando sus escasas e infructíferas tierras, pasando desapercibidos del resto del mundo.

Tal y como plasma Bibiano Contreras la situación de la citada época, poco podían esperar sus habitantes el florecimiento que el destino les estaba a punto de ofrecer:

Ni codiciados ni codiciosos, vivían aquella existencia ignorada, bien ajenos de que bajo la costra de tierra que arañaban para tender la semilla, se ocultaban tesoros abundantes, que solo esperaban la mano del hombre para mostrarse á la luz del día y convertir aquel desierto en una riquísima comarca.

He aquí por qué se puede decir que la historia de Hiendelaencina comienza desde el día memorable en que se descubrieron las minas de plata, allá por el año de 1844.

2. Descubrimiento del Cantoblanco

Se conoce como Cantoblanco el paraje de Hiendelaencina donde se localizó la primera mina. Este descubrimiento se encuentra rodeado de leyendas acerca de cómo y quién encontró el primer indicio de la riqueza que se escondía bajo la tierra de Hiendelaencina. Lo único demostrable es que fue Don Pedro Esteban Górriz quien vislumbró y puso todo su empeño en explotar la riqueza de esta zona.

La verdadera historia de cómo Don Pedro Esteban Górriz descubrió el Cantoblanco se conoce gracias a los anteriormente referidos apuntes de *El País de la Plata*.

Don Pedro Esteban Górriz nació en Subiza (Navarra) en 1804. El 1 de Enero de 1840, a la edad de 36 años, se le expidió el título de Agrimensor, oficio actualmente conocido como Topógrafo. El 20 de Junio de 1840, el Ayuntamiento de Robledo, pueblo inmediato a Hiendelaencina, requirió sus servicios profesionales para medir los montes de su propiedad, y seguidamente lo mismo hizo Aldeanueva, situada entre Robledo e Hiendelaencina. Con el fin de que se le prestaran todos los auxilios para cumplir su cometido, visitó Hiendelaencina hacia el 29 de Septiembre de 1840. Don Pedro Esteban Gorriz debió ver el crestón donde afloraba el mineral de plata, en alguna de las muchas veces que recorrió la senda desde dicho pueblo a Robledo para cumplir con su labor profesional.

Pero ese mismo año Don Pedro se vio envuelto en un proceso judicial abierto a causa de cobro de impuestos ilegales por la realización de dichos trabajos, y el 14 de Octubre de 1840 fue arrestado en Semillas, pueblo cercano a Hiendelaencina, y encarcelado en Guadalajara.

Terminada la causa, se le desterró por cuatro años a Valladolid, pero debió obtener algún indulto ya que al año y medio se le volvió a ver en Guadalajara y Sigüenza, seguramente con la certera idea del yacimiento de plata que había vislumbrado años atrás.

Hombre inteligente y emprendedor, sus primeros actos fueron agradecer a sus amigos la ayuda ofrecida a su familia durante sus años de presidio, e instarles a formar una sociedad para la explotación del filón de Cantoblanco, el lugar donde él descubrió los primeros indicios del mineral. Insistió sin desanimarse con su proyecto a numerosos amigos y conocidos en Guadalajara y Sigüenza, pero en los primeros momentos fue tomado por loco e iluso, sin conseguir ningún apoyo ni socio.

Ante esta negativa, varió su rumbo y probó suerte con gente de la zona de la Sierra, que aunque con apenas recursos, confiaron en la gran ilusión y convencimiento de Don Pedro Gorriz, así como en su buena fe, y aceptaron la oportunidad que ellos consideraban que Gorriz les brindaba.

Tras su puesta en libertad comenzó a ofrecer sus proyectos entre sus gentes más cercanas que a pesar de tener escasos recursos poseían mejor fe. Escoge así a los cinco primeros socios: Don Galo Vallejo, Don Francisco Salván, Don Ignacio Contreras, Don Eugenio Pardo y Ádan y Don Francisco Cabrerizo; siendo el sexto Don Antonio Orfila, administrador del duque del Infantado, quien tras

el análisis de las muestras de mineral que realizó su hermano, el ilustre químico Don Mateo, decidió formar parte de la sociedad.

La naciente sociedad denunció a nombre de Górriz la primera mina ubicada en el Cantoblanco, la mina Santa Cecilia, nombre de la patrona de Hiendelaencina, y las minas Suerte y Fortuna a nombre de Antonio Orfila.

A partir del descubrimiento del yacimiento argentífero comenzó una febril actividad minera, demarcando numerosos pozos, convirtiéndose el camino a Hiendelaencina en una auténtica romería tanto de trabajadores como de personas interesadas en el hallazgo. Tal fama adquirió la explotación, debida a la alta calidad de sus minerales, que el conocimiento de esta traspasó fronteras españolas, recorriendo Europa.

Sin embargo, al inicio de esta naciente sociedad, sus socios, que apenas contaban con recursos para afrontar los gastos que la explotación suponía, atravesaron muy difíciles momentos económicos. Debido a esta delicada situación, y a las escasas y atrasadas técnicas para el trabajo del mineral, no abarcaron el necesario beneficio del mineral que era acumulado sin salida.

La noticia del tesoro que las tierras españolas escondían captó la atención de los ingleses, y la necesidad de avanzadas técnicas industriales que ellos disponían originaron la llegada de estos y la creación de La Constante, fábrica de beneficio de minerales de plata.

PRIMERA ETAPA

3. Establecimiento de la Constante

El origen de La Constante tiene nombre propio, Mr. John Taylor.

John Taylor, de procedencia inglesa, nacido en Holwell en 1808, era hijo de un importante ingeniero de minas del mismo nombre. Gracias a él adquirió la formación y los conocimientos necesarios para ejercer como director de minas.

En 1845 llegó a manos de la sociedad de John Taylor e hijo la compañía minera de Linares (Jaén), llegando a formar posteriormente dos compañías más en la zona, llamadas Fortuna y Alamillos respectivamente. Fue en ese mismo año cuando el importante descubrimiento de plata en Hiendelaencina, captó la atención de los señores John Taylor e hijo, que decidieron acudir para corroborar las noticias propagadas. Pidieron permiso al ya nombrado Don Antonio Orfila, miembro destacable de la Sociedad Santa Cecilia, para realizar los ensayos oportunos con mineral extraído de la explotación. Concedido el permiso, se encerraron en una caseta durante seis u ocho días a la entrada de la mina Santa Cecilia, donde realizaron las operaciones pertinentes a puerta cerrada.

Debió ser positivo el resultado pues al poco tiempo presentaron proposiciones para abrir una fábrica de beneficio, las cuales fueron aceptadas pues en aquel momento aún se carecía de industria que diera salida a los minerales de plata que allí se extraían. Con el objeto de la producción de lingotes de plata surge La Constante.

La fábrica requería para su funcionamiento de una importante fuerza motriz que accionara la maquinaria de producción. En aquel momento, la obtención de la misma se basaba en el aprovechamiento de la fuerza del agua, por ello, querían encontrar un lugar donde la pendiente del río fuera provechosa, como el emplazamiento de *La Vega del Molino de los Ratones*, donde la pendiente alcanza el 6%. Este enclave se ubica en el pueblo de Gascueña de Bornova, pueblo lindante por el norte con Hiendelaencina. Encontraron en aquel lugar el entorno necesario para su actividad, al mismo tiempo que evitaban la alta fiscalidad que como distrito minero existía en Hiendelaencina.

Tras la corroboración de la calidad del mineral, y la elección del asentamiento de La Constante, fundaron en Londres la compañía La Bella Raquel, estableciéndose como una sociedad de accionistas cuyo fin era la financiación de la fábrica La

Constante. John Taylor vislumbró el éxito de la fábrica y se mantuvo al mando de la sociedad sin llegar a formar parte física de los trabajos realizados en la misma.

Hacia el 13 de Noviembre de 1845 se realiza el primer contrato de arriendo de beneficio de minerales con la sociedad Santa Cecilia.

El diseño de la fábrica corrió a nombre del propio director, John Taylor, quien, siendo conocedor de la calidad y cantidad del mineral, apremió en la construcción de las instalaciones y maquinaria que el mismo proyectó con las que consiguió mejorar el proceso de amalgamación inglés de Freiberg.

4. Época floreciente de La Constante o de los ingleses

La Constante era ya un pueblo lleno de vida y animación, de aspecto inglés, cuya vista encantaba á todo el que lo veía por primera vez, desde el boquete ó cortadura de Mogarra; estaba en forma de anfiteatro dividido en dos secciones, formada la una por la fábrica, y otra por el pueblo verdaderamente dicho, circunvalado por el río Bornova, con calles rectas y esmeradamente limpias, y gozando de una escrupulosa higiene debida á los consejos del profesor D. Manuel Tain, médico-cirujano de la compañía. Las casas estaban blanqueadas luciendo sus jardinitos a la entrada, matizados de flores y haciendo magnífico contraste con las esbeltas chimeneas (construidas por el Sr. Lillot), siempre humeando, ó lanzando el vapor a las nubes que rodeaban los montes gneísicos inmediatos.

Era realmente un cuadro encantador.

Este texto extraído del referente *El País de la Plata* plasma a la perfección la imagen que la fábrica y su poblado otorgaba, y la vida que llegó a crear en su época de mayor esplendor.

Primeros directores de la fábrica

Al nacimiento de “La Constante”, en 1845, se situó al mando de la misma Don Guillermo Pollard, un hombre físicamente alto y elegante, de carácter respetuoso y muy entendido en el beneficio de minerales. Anteriormente había ejercido su profesión en Méjico, en las Salinas del Peñón Blanco, donde actuó de científico itinerante hasta 1842. Sin embargo, no fue con él con quien la fábrica obtuvo sus mayores beneficios, ya sea porque la maquinaria era insuficiente o la cantidad de minerales desmesurada para ser trabajada en estas instalaciones.

Tras la muerte del Sr. Pollard en 1849 fue sustituido por Don Juan Trenear, quien también había ejercido su profesión en Méjico, en la Compañía Real del Monte. Era un hombre afable y con tacto de gentes, aunque reservado. Comenzó su carrera de minero desde simple entibador hasta beneficiador de minerales, por ello supo dirigir la fábrica desde el sentido más práctico e ilustrado. Bajo su mando, La Constante alcanzó su mayor apogeo.

En esta época llegó a la fábrica Don Eduardo Rowse, a la edad de 24 años, ingeniero mecánico inglés nacido en Chasewater (Cornwall), donde residía parte de la familia Taylor. Era un hombre muy perfeccionista y meticuloso, como demostró a su llegada montando la maquinaria de tal manera que se llegó a decir que parecía más un laboratorio químico. Al mismo tiempo creó una fundición de hierro de tal nivel que fue comparada con la Sanford en Madrid.

Eduardo Rowse dedicó 30 años de su vida al trabajo en dicha fábrica, primero como segundo director en el orden jerárquico de la dirección, encargado de la maquinaria, y posteriormente llegó a convertirse en el director general de La Constante sustituyendo a Juan Trenear.

Trajo consigo a su familia formada por su esposa Elizabeth Rowse nacida en Mold (Flint), la cual llegó tres años más tarde que él y su hermano Thomas Rowse nacido en Chasewater (Cornwall), ingeniero mecánico al igual que él, que llegó a la fábrica un año más tarde que Eduardo. Anita Rowse, hija del matrimonio, nació en Atienza (Guadalajara) y hasta la vuelta a Inglaterra vivió toda su vida en ella.

La familia Rowse vivió y trabajó para la fábrica hasta el primer periodo de decadencia de esta en 1879, cuando la producción dejó de ser rentable.

Método de trabajo y beneficios

El método de trabajo inglés era muy disciplinado, instaurando sus propias normas. No recibían los minerales que no tuvieran una ley de onza y media o dos onzas de plata por quintal, aspecto que podían permitirse debido a la gran cantidad de mineral extraído en ese momento. Esto generaba que los minerales que no cumplían esa ley fueran vertidos a las escombreras o amontonados en las explanadas cercanas a las minas.

El negocio de la compañía resultaba muy rentable económicamente: compraban la plata a muy bajo precio y la vendían por cantidades bastantes más altas. El

primer contrato, mencionado anteriormente, duró hasta 1852, durante el cual la compañía debió obtener grandes ganancias.

La vida en La Constante

Nada faltaba en aquel barranco antes desierto. Había escuelas para niños y niñas, hospital, casino, teatro, comercios, etc., para comodidad y distracción de los habitantes de la fábrica, que sumarían unos 70 a 100 vecinos con sus familias, sin contar los obreros que residían en Gascuña y Robledo y acudían diariamente a la lista convocados por el sonido de una campana.

Todo ello estaba bajo la inspección de los citados directores, y todo pagado por la compañía inglesa. (...) No se escaseaba, pues, ni se echaba de menos en aquel apartado rincón de las estribaciones del Alto Rey. Contribuían a la animación de la colonia la afabilidad y buen trato de los señores D. Juan Trenear, D. Eduardo Rowse, D. Benjamine Davey, D. Jorge Espenser (único que no pudo aprender el español), D. Guillermo Oliverson, el químico Mr. Ochinsón, D. Tomás Rowse y el médico Sr. Taín con sus apreciables familias.”

Tras lo descrito queda patente el importante nivel social y de vida que adquirió la población. Una población en su mayoría inglesa, pues no solo los directivos e ingenieros procedían de Gran Bretaña si no también carpinteros, herreros, químicos, maestros, etc.; pues los habitantes de la zona carecían de conocimientos para realizar sus respectivas labores al nivel que ellos requerían y la función de los españoles se limitó a la de guarda y jornalero en hombres y sirvienta en mujeres.

Los ingleses practicaban la religión predominante en su país, el Protestantismo, en pequeñas zonas o lugares de culto en sus viviendas.

La alta clase social y cultural de la colonia se manifestaba en gran medida en las construcciones y el urbanismo. Construyeron por separado casas de trabajadores y casas de los “amos”, tal como los denominaban los primeros. Las viviendas de los “amos” eran de importantes dimensiones, buena construcción y llegando a contar con retretes, algo inusual en la época. Contaban con acabados de calidad, revistiendo las paredes interiores con papel pintado, mientras que las casas de la zona apenas lucían una simple capa de barro. Instalaron una cocina económica en cada habitación como modo de proporcionar calor, lo que generaba un mayor confort. En la planta baja realizaron unas grandes cristalerías que permitían el

paso de la luz solar aprovechada por las mujeres para broncear su piel, al tiempo que dejaban admirar los bellos jardines situados en la parte frontal de las viviendas, jardines con numerosas variedades de flores traídas desde Inglaterra y nunca antes vistas en las tierras de la Serranía.

Las casas blancas recubiertas de coloridas flores contrastaban con la arquitectura negra tan cerrada, típica de la zona, sorprendiendo a todos aquellos que se acercaban.

Trabajo en la fábrica y periodos que atravesó bajo el mando de los ingleses

La mayor parte del mineral beneficiado en la fábrica se vendía a la Casa de la Moneda de Madrid, sin embargo, en las épocas de mayor auge, era tal la cantidad de mineral que se producía que parte de ella se transfería a Cartagena (Murcia) y exportaba hasta Inglaterra al puerto de Bristol.

Para trasladar semanalmente los lingotes hasta la capital española eran empleados una sección de individuos, encargados de escoltar la valiosa mercancía. Al mismo tiempo, ellos suministraban, en nombre de la Corte, lo necesario para los ingleses y los trabajadores de la fábrica.

El gran valor de la materia que se trabajaba llevó a los ingleses a instaurar un sistema de seguridad interno por el cual los empleados eran registrados a la entrada y salida de sus diferentes turnos de trabajo, y la fábrica quedaba bajo la custodia de dos guardias privados a lo largo de todo el día.

Todas estas medidas de trabajo se aplicaron a lo largo de toda la primera etapa de La Constante, en la cual, pese a que finalizaron cuando dejó de ser rentable para sus fundadores, fue en la que alcanzó los mayores beneficios que conoció el lugar, no llegando a conseguir después resultados semejantes. Este primer periodo, a su vez, atravesó distintos momentos en función de sus beneficios:

De 1845 a 1849, durante la dirección de Guillermo Pollard, a pesar de la gran cantidad de minerales extraídos, no resultó suficiente su método de beneficio presumiblemente porque las instalaciones eran insuficientes para abarcar la magnitud de los trabajos.

En 1850, con la entrada de Juan Treñar como director, comienza la etapa de mayor auge. La fábrica se vio mejorada gracias a los conocimientos de Eduardo

Rowse. Este periodo de éxito culminó en 1855 debido a la falta de mineral, puesto que la extracción disminuyó al perderse la dirección del filón.

De 1856 a 1860 sufrió un periodo de decadencia, disminuyendo la producción hasta una octava parte.

Pero entre 1861 y 1866 volvió a aumentar la producción, llegando a alcanzar la mitad que la conseguida en los primeros años. Este resurgir fue debido a un aumento en la extracción de mineral de plata del filón.

Con Eduardo Rowse ya como director, de 1866 a 1879 se produjo un gran descenso en el año 1866, que remontó en 1867, aunque en menor medida que años anteriores, y continuó su descenso progresivo hasta 1879, año en que los ingleses sin obtener los beneficios esperados decidieron vender la fábrica. En este periodo la sociedad La Bella Raquel compró o arrendó las minas Santa Catalina, Perla y Tempestad con la intención de sacar a flote La Constante. Más tarde tuvo que seguir arrendando minas como Unión, Verdad de los Artistas, Suerte y San Carlos. Sin embargo, el arrendamiento de estas minas no evitó el ya temido final.

Por la información recogida acerca del expediente de venta de piedra de 1855, se deduce que la fábrica sufrió una ampliación correspondiéndose con la etapa de mayor auge de la misma, quedando a la vista que las instalaciones disponibles hasta ese momento no abarcaban la producción con la trabajaban. En este documento se muestra que la piedra existente en el terreno de su propiedad estaba agotada puesto que solicitan el material de una zona concreta conocida por ellos.

Los ingleses hicieron esfuerzos supremos para sostener su fábrica, que representaba un valor mínimo de ocho a diez millones de reales en maquinaria, hierro, leñas, carbón y edificios, con talleres de carpintería, herrería, fundición, hornos, almacenes, etc., etc., y todo lo necesario a una industria de beneficio de minerales, acaso la mejor de Europa.

Llegó un momento en que este buen deseo no bastó y su director, Mr. Rowse, disolvió la compañía La Bella Raquel, *vendiendo por lotes los efectos y mobiliario y la fábrica a los obreros que la poseen en la actualidad, hijos y educados en el país los cuales benefician los minerales que rebuscan en las escombreras y que no tardarán en agotarse.*

Parte de la fábrica fue vendida en lotes, quedando una sección de la colonia inutilizada. Fueron tres trabajadores de la misma los que compraron La Constante al precio de 10 millones de reales.

De esta forma se marcharon los “padres” de La Constante a su tierra de origen, llevándose consigo el entorno extraordinario que habían creado y por el que aún hoy es recordada con admiración.

SEGUNDA ETAPA

5. Traspaso a los trabajadores

Tras años de decadencia en los beneficios se produjo el abandono de los ingleses en 1879 y la venta de la fábrica, quedando en manos de tres trabajadores españoles.

Estos nuevos propietarios eran: Juan Arroyo García, natural de Humanes (Guadalajara); Miguel Harazua Hagariaga, de la provincia de Vizcaya, y Juan Antonio González, de Pontevedra. Junto con sus familias y las de los 14 trabajadores restantes formaban la población de La Constante en ese momento, que apenas alcanzaba las 80 personas.

La situación en esos años fue desoladora, apenas se extraía mineral en el distrito de Hiendelaencina, por lo que los minerales beneficiados procedían de las escombreras. La producción apenas alcanzaba un octavo de lo que logró en su momento de mayor esplendor.

Parte del conjunto arquitectónico-industrial fue vendido en lotes por los ingleses, quedando dichas partes inutilizables, alcanzando sin remedio a los pocos años el estado de ruina. Este aspecto, unido a la escasez de mineral a beneficiar y al agravante de que los dueños no eran expertos en la materia como lo fueron los anteriores, derivó en un trabajo más básico y rudimentario, disminuyendo el número de trabajadores y maquinaria, obteniendo muy bajos beneficios. La gran fábrica apenas alcanzaba a ser la sombra de lo que fue, y dejó de funcionar como tal para convertirse en un gran taller.

Hacia 1881, solo aparece Juan Arroyo como propietario de La Constante, el cual se unirá a Don Benito Ibañeta Cortázar como dueños de la fábrica en los siguientes años de la segunda etapa.

6. Época floreciente de Don Benito Ibane Cortázar

Conocedor del pasado fructífero de las minas de Hiendelaencina, acude Benito Ibane, procedente de Aramayona, provincia de Alava, para ponerse al mando de la fábrica e intentar conseguir los éxitos cosechados en tiempos pasados. Se desconoce con exactitud el año en que se convierte en dueño de La Constante, aunque se sitúa entre 1882-1883.

Ibane pertenecía a una adinerada familia vasca poseedores de caseríos en aquellas tierras, sin embargo, desde su llegada a la fábrica, echó raíces en estas tierras de la Sierra Norte de Guadalajara donde formaría su propia familia y donde se le recordará por ser un hombre generoso e involucrado con el pueblo de Gascuña. Era un hombre religioso, que cada domingo acudía a caballo a la iglesia del pueblo, y a la que realizó generosos donativos, como unas vinajeras de plata y un arco de hierro. A su muerte, dejó una capellanía que realizaron hasta la década de 1950. Igualmente tuvo relación, aunque en menor medida, con el pueblo de Condemios, de donde procedía su esposa, Agustina Martín Municio, a la que curiosamente conoció en La Constante cuando ella llevaba a pastar sus ovejas por la zona. El matrimonio se encuentra enterrado, junto con los padres de ella, en el cementerio de Gascuña, donde queda patente su vínculo con el pueblo, así como su alto rango social, debido a la gran lápida de piedra bajo la que descansan, que destaca considerablemente entre las tumbas de tierra y cruces de los lugareños.

Trabajo de Don Benito Ibane en La Constante

Ibane adquirió su parte de la propiedad de La Constante a bajo coste, pues a su llegada la producción era escasa y las instalaciones deficientes. Formaban en este momento la dirección de la fábrica Don Benito Ibane Cortázar junto con Don Juan Arroyo, el anterior empleado de los ingleses. Este último desaparece de su cargo al poco tiempo, desconociéndose el momento y la causa.

En 1884 la Dirección solicita a la Administración de Contribuciones y Rentas de Guadalajara la comprobación parcial y clasificación de la finca, con el propósito de disminuir el impuesto de la contribución que pagaban, pues el estado de la fábrica ya no era el mismo que el considerado para el impuesto. Gran parte del poblado se encontraba en ruinas o había desaparecido por venta, y otra, aunque en buen estado, no era de utilidad.

Este documento es de gran importancia pues es el primero encontrado hasta la fecha en el que se describe el poblado, cada edificio con sus dimensiones, características físicas y su emplazamiento referido al total, lo que ayuda a conseguir una idea cercana a cómo se distribuyó la fábrica, así como el poblado.

Durante los primeros años de esta segunda etapa la fábrica continuó su periodo de decadencia hasta 1892, año en el que se vuelve a producir de manera destacable alcanzando los 15.000 kg. El nuevo despunte fue debido a la aparición de Monsieur Bontoux, un banquero francés refugiado en España a raíz de una famosa quiebra. Comenzó beneficiando las escombreras, de las que no obtuvo grandes beneficios ya que estas habían sido rebuscadas anteriormente; adquirió entonces varias minas a bajo coste creando la sociedad Nueva Santa Cecilia. La importancia de su papel en esta historia fue su intuición para seguir excavando por debajo de las cotas alcanzadas, donde acertadamente aparecieron nuevos minerales argentíferos, de menor calidad que los primeros pero en grandes cantidades, lo que generó un nuevo auge en el distrito minero. La fábrica mantuvo una producción alternando periodos fructíferos con otros decadentes hasta 1917, cuando comienza su decadencia final concluyendo con el cese de la misma en 1926.

Don Benito Ibaive fallece en 1914 pasando la dirección de fábrica a manos de un familiar llamado Enrique Medinabeitia Ibaive, de 24 años de edad, quien acudió a la fábrica desde tierras vascas igualmente junto con su familia, y la sostuvo hasta 1926 cuando el beneficio era nulo. Emigró entonces a Cataluña en busca de nuevos negocios, dejando la fábrica al cuidado de los escasos habitantes dedicados únicamente a la producción del molino harinero.

A la muerte de Don Benito Ibaive, La Constante figura como propiedad a partes iguales: la mitad era de Enrique Medinabeitia Ibaive y la otra mitad de las hermanas de la esposa de Benito Ibaive.

TERCERA ETAPA

7. De fábrica a molino

Hacia 1926, La Constante deja de funcionar como fábrica de beneficio de minerales, pasando a utilizarse únicamente el molino harinero, que ya poseía desde sus orígenes, por las pocas personas que quedan como habitantes del poblado.

La familia Medinabeitia Ibaive, pese a que emigró a Cataluña en busca de nuevas oportunidades, continuó siendo propietaria de la finca hasta 1959, junto con las herederas por parte de Agustina Martín Municio.

Desde el cese de la fábrica hasta la última venta de esta, es decir el periodo de 1926 a 1957, fue una familia procedente de Gascuña la que mantuvo con vida la finca, dedicándose a labores de cultivo, ganadería y molienda de trigo y cebada.

Los animales de los que disponían para su beneficio eran: 16 vacas, 5 yeguas, 2 mulas, un rebaño de ovejas y otro de cabras, siendo estos dos últimos cuidados por los dos pastores que allí vivían. Los almacenes y el hospital fueron convertidos en las cuadras de estos animales.

A la muerte de los padres fueron los hermanos Nicolás y Enrique junto con sus familias, dos pastores y un guarda los únicos y últimos habitantes de La Constante.

Durante la guerra civil española abandonaron el poblado para refugiarse en el pueblo de Gascuña. En esos años La Constante fue duramente castigada, saqueada por los dos bandos y bombardeada, afortunadamente sin acierto, en sus terrenos más próximos. Debido a estos ataques se destruyó la maquinaria que hasta el momento había producido luz eléctrica para el poblado. Tras la guerra, la familia Garrido volvió a la finca, pero el nuevo régimen franquista limitaba la molienda, por lo que tuvieron que afrontar importantes multas por continuar usando el molino.

Medinabeitia se comunicaba a intervalos de tiempo con la familia Garrido mediante correspondencia, llegando a proponerles la venta de la finca, oferta denegada por los mismos.

8. Última venta a Pérez Lobo

En 1957 se realiza la última venta hasta el momento de La Constante pasando a manos de Gregorio Pérez-Lobo y Zacarías Fonseca Pérez. Tras esta adquisición, la familia Garrido se trasladó definitivamente al pueblo de Gascueña.

La propiedad en conjunto apenas se mantuvo durante un año debido a las discrepancias existentes entre ambos dueños. Durante una ausencia prolongada de Gregorio, Zacarías sacó beneficio de la finca vendiéndola en lotes. Contrató gente de los alrededores para despiezar todo aquello que podría ser reutilizado, principalmente las tejas y las grandes vigas de madera de pino, así como los restos de maquinaria y mobiliario, de donde debió obtener la mayor parte del beneficio. Al regreso de Gregorio y discrepar con lo sucedido, decidió adquirir el total de la finca comprando la parte de Zacarías.

Una de las antiguas viviendas principales fue rehabilitada como residencia familiar al adquirir la propiedad. El uso al que destinaron a partir de entonces La Constante fue al de residencia esporádica, en periodos de vacaciones y fines de semana. Fue en una de estas estancias cuando se produjo allí el último nacimiento hasta la fecha de una de las hijas de Gregorio, Raquel, nombre en honor a la antigua compañía inglesa, La Bella Raquel.

Con el paso del tiempo se plantaron chopos cubriendo toda la superficie del poblado que crecieron al tiempo que se degradaban más los restos arquitectónicos, llegando a quedar destruidos y quebrados por las raíces y las ramas. Esos árboles fueron talados para su venta en una sola ocasión, volviendo a replantarse posteriormente.

La vivienda anteriormente citada quedó posteriormente en desuso al ser edificada otra de nueva construcción sobre el cuarto de los veladores, acondicionada y adecuada a las comodidades actuales.

A la muerte de Gregorio Pérez-Lobo, la finca fue heredada por sus hijos, propietarios de La Constante en la actualidad.

9. Estado actual

La finca es actualmente residencia ocasional de la familia Pérez-Lobo.

En el río Bornova a su paso por la misma se puede practicar la pesca sin muerte, además de estar integrada en el coto de caza del término de Gascueña. Sin embargo, de la fábrica y el poblado no se obtiene ningún beneficio, habiendo quedado en el olvido desde hace años, lo que ha acelerado su estado de ruina.

Desde hace tiempo no se realizan operaciones de mantenimiento por lo que los viejos chopos que no fueron talados en su momento y las plantas nacidas del abandono han crecido de manera asilvestrada llegando a ocultar el escaso legado arquitectónico que aún continúa en pie.

No es difícil observar paredes enteras derrumbadas por las raíces de los árboles, chopos dentro de edificios, antiguas calles actualmente irreconocibles por la actuación de las plantas.

Todo ello ha creado una imagen desoladora que apenas deja concebir lo que en un día fue La Constante.

Nota biográfica de las autoras

Ana Parra (1988) y Gloria Viejo (1987) son Gradudas en Ingeniería de la Edificación por la Universidad de Alcalá, habiendo obteniendo por este proyecto Matrícula de Honor. Por su parte, Ana Parra ha cursado un Máster de Arquitectura, y Gloria Viejo cursa actualmente Historia del Arte por la UNED. Han realizado varias conferencias sobre este estudio de investigación y está en proceso la publicación del libro financiado por la UAH y la grabación de un documental a cargo de la asociación Baidefeis de Guadalajara.

CUADERNOS DE U.M.E.R.

Nos. 1 al 50 agotados. Pueden consultarse en la página web www.umer.es

Nº 51: "Medios de comunicación. La vida como espectáculo". Luis Matilla

Nº 52: "El dos y el tres de mayo". Cristina del Moral

Nº 53: "Aproximación a la independencia iberoamericana en el bicentenario de su inicio". M^a Jesús García-Arévalo Calero

Nº 54: "El cine cómico español en la primera mitad de los años cincuenta". María de los Ángeles Rodríguez Sánchez

Nº 55: "Inmigración y Derechos Humanos". Augusto Klappenbach

Nº 56: "El tiempo y la huella de Larra (1809-1837)". Feliciano Páez-Camino

Nº 57: "Memoria de la Universidad de Mayores Experiencia Recíproca" UMER (2004-2009).

Nº 58: "La educación en España en el primer tercio del siglo XX: la situación del analfabetismo y la escolarización". Alfredo Liébana Collado

Nº 59: "La ONU: una visión desde dentro". Francisco Acebes del Río

Nº 60: "La Capilla del Obispo (de Nuestra Señora y San Juan de Letrán)". Emilio Guerra Chavarino, Investigador; Rosario Zapata, Transcriptor

Nº 61: "Barrio de Maravillas, de Rosa Chacel". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 62: "Breve historia de la Estadística y el Azar". Benita Compostela Muñiz.

Nº 63: "Miguel Hernández (1910-1942), *en el sabor del tiempo*". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 64: "Los retos de la educación para la ciudadanía". Luis María Cifuentes.

Nº 65: "Las mujeres en la Ciencia". Antonio C. Colino.

Nº 66: "Miguel Hernández. Con tres heridas: la de la muerte, la del amor, la de la vida". María Jesús Garrido.

Nº 67: "El Banco de España: funciones e historia". Enrique Ortiz Alvarado.

Nº 68: "Carmen de Burgos: La voz de los sin voz". Carmen Mejías.

Nº 69: "Del *Cantar* del Cid a Cernuda: El destierro en la poesía española". Feliciano Páez-Camino.

Nº 70: "El conflicto árabe-israelita: génesis y nudo". Francisco Acebes del Río.

Nº 71: "Filosofía de la risa". Augusto Klappenbach.

Nº 72: "Hipoteca inversa". Antonio Martínez Maroto.

Nº 73: "Muchachas que trabajan". Carmen Mejías Bonilla.

Nº 74: "Antonio Machado: Soñando caminos". María Jesús Garrido Calvillo.

Nº 75: "Sobre la historia del teatro musical español: la zarzuela y sus alrededores". Juan Carlos Talavera.

Nº 76: "La historia en la obra de Manuel Azaña". Feliciano Páez-Camino Arias.

Nº 77: "Machado, Lorca y Hernández. Los poetas de la guerra". Víctor Agramunt Oliver.

Nº 78: "Envejecimiento activo y participación". Loles Díaz Aledo.

Nº 79: "La Constante: mina de leyenda en Hiendelaencina". Ana Parra y Gloria Viejo